

# “Pasé la mañana escribiendo”: el diario de Zenobia Camprubí (1937-1956)

ANNA CABALLÉ

Universidad de Barcelona  
Unidad de Estudios Biográficos  
Gran Vía de les Corts Catalanes, 585  
08007 Barcelona  
annacaballe@ub.edu

RECIBIDO: OCTUBRE DE 2010  
ACEPTADO: NOVIEMBRE DE 2010

Vivimos un momento de franca necesidad de recuperar en España la historia de las mujeres. Y no me refiero a sus aportaciones concretas en el ámbito que sea, que también, sino sobre todo a la historia de sus vidas, a sus biografías. Es cierto que las mujeres han logrado en la última mitad del siglo XX enormes beneficios, logros antes impensables, pero aún carecemos de un sentido propio del pasado. Hablamos de él en términos generales pero el pasado nunca fue igual para las mujeres que para los hombres. Tanto si aquellas vivieron en el siglo XIII como en el XVIII, como en el XX, fueron muy pocas las que buscaron la notoriedad intelectual y menos todavía las que consiguieron zafarse de una tutela ejercida en muchas ocasiones contra su voluntad. En general, vivieron por procuración, desentendidas de un destino propio asumido libremente y por el contrario decisivamente condicionadas por la presión de la mirada masculina. Conocer sus dificultades, estudiarlas como parte de un larguísimo y difícil proceso de emancipación, es una deuda moral que hemos contraído con el pasado y yo diría que en eso estamos. No se trata de someter a las mujeres a una absurda idealización, convirtiéndolas a todas en heroínas intocables de una sagrada causa (la del feminismo), sino de ser conscientes de la especificidad de su vivir. Ser conscientes de que durante siglos las mujeres se han visto obligadas a concentrar en el acto mismo del vi-

vir la mayor parte de sus aspiraciones. No pudieron dirigir su destino de una forma racional y organizada –no hubo verdadera educación, ni profesión ni poder legítimo más allá de la herencia, la belleza o los hijos–, de modo que en el mismo hecho de vivir debían concentrar las mujeres sus anhelos, sus esperanzas, acaso su falta de sustancia, tal vez su aliento épico o su afán de conocimiento. Todo eso, y más, debía subsumirse en una entelequia: “la domesticidad femenina”. Con ese forzado mimbres se han tejido, como es natural, innumerables estropicios.

Si nos acercamos un poco, observaremos cómo las mujeres se muestran muy interesadas en conocer y practicar teorías, ideas, corrientes, terapias que les permitan mejorar su calidad de vida, enriquecer un ideal de armonía interior y no siempre compatible con las exigencias de la vida diaria. Tentando en muchos casos una geometría más experimental que axiológica: no son los principios, sino el curso de la experiencia el que moldea, en general, las autobiografías escritas en clave femenina. Zenobia Camprubí es autora de un documento excepcional para comprender precisamente la forma en que la escritura se adapta a la índole de sus vivencias. Aunque ella no es propiamente una escritora, por más que su diario sea un testimonio valiosísimo de su vida y de su tiempo, de modo que no hay en su caso una profesión sobre la que opinar o que analizar; tampoco tuvo un protagonismo histórico que justifique su análisis. El interés de Zenobia - un ama de casa “sui generis”- está, en mi opinión, vinculado indisolublemente al que despierta su marido, el poeta Juan Ramón Jiménez, y a la forma en que ella consiguió resolver su relación con él a lo largo de sus cuarenta años casi exactos de matrimonio. De manera que las reflexiones que haga en lo sucesivo estarán vinculadas a la experiencia de una vida y no a la de una obra convencionalmente literaria, o bien a una aportación cuantificable. Es más, creo que la dedicación de Zenobia a sostener la vida y la obra de Juan Ramón no es cuantificable, de modo que todo depende del grado de ecuanimidad de nuestro punto de vista a la hora de ponderar su participación en la historia de la cultura española.

¿Es suficiente para ello con ser la autora de un valioso diario? ¿Es el diario un género literario como cualquier otro? Los que solemos leer, que son, en general, los diarios que se publican, ¿se nos ofrecen como literatura? La verdad es que no siempre. En todo caso, lo importante es que el diario es una forma de escritura con sus propias pautas y su tradición. Puede hablarse de una práctica, como hace Philippe Lejeune (Lejeune y Bogaert 2006), o bien de una forma, como hace Arno Dusini.<sup>1</sup> O de escritura “sui generis”, even-

tualmente transformada en literatura. Lejeune compara el diario a una obra de arte en el sentido de que ambas piezas son singulares, autónomas e irrepetibles. La verdad es que poco tiene que ver un diario manuscrito con la publicación del mismo: por el camino de la edición se pierde aquello que lo singulariza: el papel, la letra, la disposición de los blancos, los pequeños papeles u otros recuerdos que tantas veces se le adjuntan, el tipo de soporte utilizado... Tal vez el cuadernillo con el álbum fotográfico que se incluye en la edición del diario de Zenobia podía haber incorporado alguna reproducción del diario original para así poder captar los rasgos de su escritura.

¿Qué es un diario?, se pregunta Lejeune en su estudio titulado precisamente *Un journal à soi*. Una huella del tiempo, dice, que se transforma en vida en la medida en que se formaliza, que se interpreta, al seleccionar algunas de las muchas vivencias posibles. Aclaremos que el día reflejado en el diario no coincide con el día "real", imposible que pueda quedar atrapada la vivencia del tiempo real en el encuadre de una página, o más. El diarista opera con una libre selección de los datos que se han ido acumulando a lo largo del día o de un lapso temporal (muchos diaristas tienen por costumbre agrupar en una entrada lo sucedido en varios días: Manuel Azaña, por ejemplo) y esa circunstancia favorece su hermenéutica. El elemento decisivo, estructural es el tiempo, o más precisamente la temporalidad. Así lo señalaba Maurice Blanchot en la temprana fecha de 1959 subrayando la necesaria perspectiva cotidiana como dominante de la escritura diarística. Sin embargo, a la importante "ley del calendario" podrían añadirse otros matices, como los que aporta Anna Esteve en un estudio reciente al observar la forma en que los escritores contemporáneos recrean esa convención del género, hasta concluir que no siempre, ni mucho menos, las fechas de las anotaciones aseguran el día en que fueron escritas. En todo caso, olvidémonos de la expresión francesa *diario íntimo*, surgida para evitar la confusión con la prensa periódica (en francés la palabra *Journal* sirve para ambas acepciones). En castellano la confusión apenas existe - aunque sí existe en catalán: "Estic llegint el diari" puede interpretarse de las dos formas-. De ahí la voluntad de preservar, en el seno de la cultura catalana, el término medieval, *dietari*, para referirse a la escritura diarística. En cualquier caso, la intimidad es un concepto que no debe identificarse con la práctica de registrar algo de lo que lleva en sí el día y cuyos contenidos han ido evolucionando a lo largo del tiempo. Si hay que calificar el diario es mucho mejor hablar de diario personal, para distinguirlo de otros ejercicios colectivos (los diarios de sesiones, por ejemplo). Pero un diario (personal) no tiene por qué ser íntimo.

Lo que caracteriza a un diario personal es la ecuación singularísima que establece quien lo escribe entre el tiempo mensurable –esos días, uno tras otro, de veinticuatro horas implacables–, el tiempo histórico y el tiempo vital. Dicho esto, el diario admite una plena libertad expresiva y tal como lo venimos conociendo desde la ilustración –prescindo ahora de las cuentas de conciencia que nos han quedado de tantas religiosas, germen de la introspección posterior, es decir tal como la conocemos– y por ello es la forma tal vez más vívida que dispone el ser humano de expresar el diálogo que mantiene consigo mismo. Es más, para Carlos Castilla del Pino dicha facultad del ser humano de hablar consigo mismo es condición de la intimidad, pues el habla interior surge del abismo insalvable que se produce entre el deseo que nos habita y nos mueve y las frustraciones que impone a ese deseo la realidad: el permanente diálogo que debe sostener el individuo entre ambas exigencias explica el surgimiento de la intimidad, espacio intransferible en el que se gesta pues la conciencia de sí. En la medida en que se actúa no hay intimidad sino conducta observable por los demás y en definitiva más o menos pública. En otras palabras, llevar un diario es una actividad o práctica que dice, puede decir, de la intimidad de quien la lleva a cabo pero que no es íntima sino privada, o pública (y me refiero a los miles de diarios y blogs escritos pensando ya en su lectura inmediata y que han potenciado extraordinariamente y en pocos años el universo del diario proyectándolo a una nueva dimensión fenomenológica y social).

“Pasé la mañana escribiendo” es una anotación que se lee con alguna frecuencia en los diarios de Zenobia Camprubí. Y antes, en sus cartas de noviazgo a Juan Ramón Jiménez, muy parcialmente editadas por Ricardo Gullón, ya dice que se levanta a las seis de la mañana, cuando “comienza la conciencia de la vida” para escribirle, y así evitar que su madre se entere de que en realidad su relación con el poeta andaluz sigue adelante a pesar de sus observaciones en contra. Habrá que ver cómo las cartas ahora publicadas entre Zenobia y su madre ayudan a explicar esa historia. En cualquier caso, será una costumbre que Zenobia tendrá de por vida, reservar los primeros minutos, u horas, del día, a menudo antes de que amanezca, para abrir su cuaderno y resumir las actividades del día anterior: lo que ha hecho, los amigos a los que ha visto o visitado, el estado de Juan Ramón, las preocupaciones económicas, las dudas acerca de su siempre incierto futuro, la compra de unas flores, o de un nuevo vestido, o de una nueva permanente... Cosas minúsculas y no tan minúsculas que, por su carácter, definen la textura vital del ser humano, los mimbres con los que organiza su forma de ser y entender su lugar en el mundo. La verdad

es que a través de los diarios atisbamos las pequeñas manías de cada uno: Jovellanos gustaba de escrutar el cielo nada más levantarse y registrar su estado puntualmente: sol, calor, lluvia fina, cielo nublado... Mientras que un noble como el barón de Maldá no podía vivir sin su chocolate caliente. En el caso de Zenobia no hay duda de que su gusto por la vida social es lo más destacable a la hora de valorar sus preferencias cotidianas. Por eso da mucho que pensar el comentario de Juan Ramón en el funeral de Zenobia: "Parece mentira, con la cantidad de funerales a los que asistió Zenobia siempre, y qué pocos han correspondido" (III, 376).

Tanto Zenobia como Jovellanos eran escritores matutinos. No es lo más habitual: la imagen del diarista anotando de noche y en el mayor silencio, en su cuaderno, los sucesos del día es la más difundida, pero eso no quiere decir nada, en todo caso podemos considerarlo una escenografía de la intimidad, es decir una puesta en escena de aquellas circunstancias que suponemos más favorables a la práctica del diario. La soledad, el recogimiento. El régimen de Zenobia es más diurno que nocturno pero lo importante es que estamos ante una diarista nata que tendrá por costumbre destinar parte de la mañana a escribir su diario del día anterior, o también completar cuadernos atrasados.<sup>2</sup> Ponerse al día con el diario, es una expresión frecuente que a veces la obligará a forzadas síntesis. En conjunto, constituye uno de los esfuerzos más notables en el ámbito del diarismo porque no sólo disponemos del copioso diario del exilio, gracias al impagable esfuerzo de la profesora Graciela Palau de Nemes,<sup>3</sup> y que comprende de 1937 a 1956, sino que sabemos de otras aportaciones anteriores que sitúan los orígenes de la escritura en el periodo de formación de Zenobia, estimulada según Graciela Palau, y antes Arturo del Villar, por su madre, la portorriqueña Isabel Aymar Lucca, "para que se diera cuenta de lo poco útil que se hacía en relación con lo banal" (I, xviii).

Cuando Juan Ramón y Zenobia salen de España dejando atrás todas sus pertenencias, allí, en su piso de la calle Padilla número 38 de Madrid deja Zenobia su diario, según ella misma anota el 2 de marzo de 1937 (I, 171). Zenobia era una diarista consumada y no hay duda, en mi opinión, que mantuvo su diario regularmente antes y después de casarse con Juan Ramón, como lo prueba la edición que hizo Arturo del Villar de algunas entradas del año 1916 (año de su matrimonio y de la escritura de *Diario de un poeta recién casado*). Aunque Arturo del Villar no proporciona mayor información sobre el diario del que proceden las entradas, la estructura y el ritmo de los pasajes seleccionados presentan características muy similares a los del diario que conocemos

(1937-1956), editado por Graciela Palau de Nemes. También resulta obvio leyéndolos que los roces con el poeta surgieron de inmediato, así como la necesidad de superarlos. Digamos que la perfección de su amor a Juan Ramón se convirtió desde muy pronto en el proyecto ético de mayor calado en su vida.

Pero haría falta conocer con mayor profundidad a la Zenobia anterior a Juan Ramón. De las ediciones hechas del diario hasta la fecha se desprende que interesa su figura en tanto que esposa del poeta; sin embargo sería del mayor interés recuperar todos sus diarios, y por supuesto su correspondencia:<sup>4</sup> sólo así podría valorarse adecuadamente la aportación humana y cultural que representan en el ámbito de la escritura diarística.

En cualquier caso, a mí me parece que no son sólo un "registro de su vida activa" (I, xviii) como apunta Palau de Nemes en su imprescindible introducción, sino que su diario refleja muy bien las ondulaciones de su vida a lo largo del tiempo y de los avatares, la ferviente educación moral que ha recibido y ella a sí misma se impone, así como los principios y valores que la sostuvieron como mujer.<sup>5</sup> Son abundantes, por ejemplo, las anotaciones relacionadas con sentimientos, zozobras y emociones durante su primera etapa del exilio. Porque tanto en Puerto Rico como en Cuba los asideros sociales de Zenobia son escasos y mira hacia dentro, quizá para mantener su vertebración moral y por esa necesidad de sentirse útil que se cruza siempre en su camino. Por ejemplo la entrada del 6 de agosto de 1937 recoge su emoción del día anterior, fecha de aniversario de su querida madre, ya fallecida:

Mientras escribo esto, me siento horriblemente supersticiosa, pero la repetición de estas bendiciones, pequeñas o grandes, que siguen a un período de exaltación interior en el cual me siento estar en intensa comunicación con lo invisible, me hace sentir ingrata si nada de ello trasciende en un diario tan íntimo. (I, 77)

No hay muchas referencias explícitas al modo en que ella concibe su diario, aunque como vemos se consideraría ingrata con él de no hacerle partícipe de sus estados de ánimo. Un hecho remarkable –muchos diaristas lo detestan– es que Zenobia se complace en releer lo escrito.<sup>6</sup> Así, puede pasar una tarde de domingo, evocando las experiencias contenidas en sus cuadernos anteriores, recuperando el pasado, siendo ella misma, es decir revisitando su memoria. La lectura posterior del diario como actividad gratificante se apunta como motivo decisivo de su escritura: ella es su propio destinatario en el futuro:

Ayer, cuando cogí el diario de septiembre de 1939 a junio de 1940, leí y reviví el pasado con tal placer que sentí mucho haberlo abandonado cuando ocurrían cambios importantes en nuestra vida. Voy a reconstruir, *para una futura lectura*, algunos de los eslabones que faltan. (I, 227, 15 de noviembre de 1943)

No sólo eso sino que a partir de cierto momento será una experiencia compartida con Juan Ramón. Algo así como el matrimonio que contempla unido su álbum de fotos recordando viejos recuerdos e incidentes. Sin duda, es un hecho importante, porque nos dice que Zenobia concede una segunda oportunidad a su diario que se confirma al depositarlo en la sala Z&JR como parte de un legado que ella sabe trascendente.

Sin poder hacer más que especulaciones sobre cómo fue el *tempo* de su escritura antes de 1937, lo cierto es que ella misma admite que nunca lo había llevado con la regularidad con que lo hizo después de esa fecha. Es lógico que el más extenso y duradero de los que conocemos surja de un momento de crisis, de quiebra de una cotidianidad. El matrimonio había llegado a Cuba el 25 de noviembre de 1936 y vivía de la forma más provisional que pueda imaginarse. Sin sus pertenencias, que quedaron en Madrid, ignorando todavía las dimensiones que alcanzaría para ellos su alejamiento de España, cuando Manuel Azaña concedió al poeta el cargo de agregado cultural honorario en Washington (Juan Ramón no quiso aceptar ningún cargo con sueldo) para sacarlo de Madrid donde ya había sufrido alguna detención por parte de grupos anarquistas. Según él mismo recordaría más tarde, al día siguiente de su entrevista con Azaña el matrimonio salió de la capital en dirección a Valencia: llevaban "dos maletitas, con unas mudas de ropa interior, un traje, unas medicinas, que yo estaba bastante enfermo, y nuestros anillos de boda". Todos sus papeles, el fruto del trabajo acumulado a lo largo de años quedó en su piso, al único cuidado de la joven cocinera, Luisa Andrés. En otras palabras, se fueron con lo puesto y como es sabido la pareja nunca regresó a España. Es fácil imaginar el desvalimiento que debió sentir Juan Ramón al quedar desposeído de un día para otro de todas sus pertenencias. Fue un golpe terrible, que se sumaba a otras pérdidas brutales (la magnífica casa de la calle Nueva, por ejemplo). Un hombre como él, de una sensibilidad exacerbada difícilmente podía recuperarse de unas pérdidas que si bien eran materiales le proporcionaban un sentido de pertenencia.

Tal vez para subrayar el deseo que siente Zenobia de dejar un testimonio de su forzada partida, la primera entrada del diario está fechada en La Habana,

el 2 de marzo de 1937, algo más de tres meses después de su llegada, y a los veintiún años exactos de su matrimonio con Juan Ramón. Un día pues definitivo en la vida de esta mujer, un día que sería feliz –porque Zenobia nunca dejará de estar enamorada del poeta, a pesar de todas sus debilidades. Si no fuera porque están lejos de casa y con un futuro que se abre ante ellos como un enigma absoluto e inquietante: ¿qué será de ellos?, ¿volverán pronto a España?, ¿acaso volverán algún día?, ¿podrá Juan Ramón recuperar sus manuscritos? Son preguntas que con mayor o menor angustia se mantienen, con matices distintos. Llegará un momento en que Zenobia, herida de muerte por la enfermedad, pensará en España una y otra vez como salida posible al difícil futuro que se le abre al poeta si ella llega a faltar antes que él. Al menos en su tierra natal Juan Ramón recuperaría sus raíces familiares y podría sentirse en casa, piensa. De hecho es una conversación frecuente en el matrimonio (y diría que en buena parte de los matrimonios, llegados a cierta edad): ¿cuál de los dos fallecerá primero? El carácter hipocondríaco del poeta no tolera que nadie se le adelante en esta cuestión, pero a partir de noviembre de 1951, cuando a ella le diagnostican un cáncer de útero del que fallecerá cinco años más tarde, no deja ya de pensar que los planes no van a ser como él cree. De ahí que se vuelque en la creación de un espacio en la Universidad de Río Piedras (Puerto Rico) que pueda garantizar la supervivencia del legado literario del poeta.

Volviendo a la relación del matrimonio con España, la situación es paradójica: Zenobia no da muestras de sentir ninguna nostalgia de un país que tampoco era el suyo y en el que siempre tuvo algo de extranjera. No siente nostalgia, en efecto, pero regresaría pensando en el bien de Juan Ramón, mientras que el poeta, que siente una nostalgia enorme, infinita, de su tierra y de su gente, se niega firmemente a volver mientras no cambien las condiciones políticas.

La verdad es que la educación recibida por Zenobia, a medias norteamericana, la hacía una mujer excesivamente avanzada para el gusto español. Ahora sabemos que el sentimiento era mutuo<sup>7</sup> y que de ser por ella hubieran permanecido en Estados Unidos desde 1937 hasta el final de sus días. Al comienzo del diario, Zenobia procura combatir todos sus temores derivados de la nueva situación provocada por la guerra de España, alimentando su deseo de vivir en Estados Unidos, cerca de su familia materna (en especial de su adorado hermano José, Jo en el diario): de ese país guarda Zenobia sus mejores recuerdos adolescentes. Le gusta incluso el frío bostoniano y detesta el bochorno del clima cubano que favorece, en su opinión, la indolencia física y mental.



Cuando viajan a Estados Unidos no hay más que ver cómo reacciona Zenobia: Juan Ramón casi desaparece del diario y ella muestra su alegría al recuperar la intensa vida social a la que estaba acostumbrada y que le encanta. Zenobia, en Boston, en Nueva York, en Washington, en Maryland, se siente como en casa. Está en casa. En buena parte porque tiene la oportunidad de sentirse viva. Uno de los rasgos de carácter más sobresalientes que descubre el lector de Zenobia es su ética del trabajo, muy calvinista. Nada más desesperante para ella que enfrentarse a un día ocioso, sin nada que hacer a la vista. "El estarme quieta es mi sufrimiento" anota ya enferma (3, 74). Por el contrario no hay mayor felicidad contenida que la que expresan estas palabras: "buen día de trabajo" (III, 209).

De hecho yo diría que el drama de esta mujer es cómo gestionar su energía vital, su profunda disposición para la vida: "Dios nos haga tan felices como yo siento en mi alma el poder serlo" había escrito a Juan Ramón poco antes de casarse con él (Nueva York, diciembre de 1915). En cierto modo, a mí me recuerda a santa Teresa: mujeres que la vida ató muy corto para lo que eran sus temperamentos, activos, sociables, llenos de iniciativa, emprendedores. Santa Teresa en el XVI fundó conventos tal vez porque necesitaba volcar su capacidad y energía para la acción, su aliento épico (por utilizar la expresión con que la define George Eliot en el prólogo a *Middlemarch*). Y algo parecido podría decirse de Zenobia. En Madrid había sido copropietaria junto a Inés Muñoz de una tienda de artesanía popular llamada Arte Popular Español (inaugurada en 1928) al tiempo que amueblaba y alquilaba pisos a norteamericanos de paso en la capital. Disponía asimismo de dos, incluso tres, empleadas domésticas y hacía una intensa, a veces frenética, vida social a la que Zenobia, como ya se ha dicho, siempre estuvo muy inclinada, para desesperación del poeta. La disposición al trabajo de Zenobia, su carácter optimista, será fuente de muchas razonables especulaciones. Juan Ramón saldrá al paso en el exilio de quienes le acusan de vivir a expensas de Zenobia, en "Zenobia House" como dirá (y escribirá) mordazmente Pedro Salinas.<sup>8</sup> En una carta poco conocida de Juan Ramón, dirigida al historiador de la literatura Guillermo Díaz-Plaja<sup>9</sup> y fechada en Puerto Rico, el 27 de marzo de 1953, le dice lo siguiente:

(N)ada más falso que ese equívoco de mis calumniadores ruines, vividores circunstanciales (Bergamín, Salinas, Guillén etc.) sobre el trabajo de mi extraordinaria mujer, mujer de mujeres. Ella, de educación americana, trabajaba en cosas públicas antes de casarse conmigo. No tuvimos hijos y

ella no gusta del trabajo casero a la española. Tuvo siempre su independencia y sus asuntos con otras amigas españolas y americanas, y los dos nos ayudamos en lo de cada uno. Juntos hemos traducido mucho, aparte de lo de Tagore; y si yo no he tenido cargos públicos, los he tenido particulares, en la "Residencia de Estudiantes", en la casa editorial Calleja, etc. ¿Y quién ha dicho que mi mujer era rica? Otra baja calumnia. Mi mujer heredó de su madre y una tía un modesto pasar, suma que siempre hemos completado con nuestras faenas diarias. Desde 1936 trabajamos en las universidades de por aquí. Hoy tengo la gran alegría de poder ofrecer mis 6.000 dólares íntegros a mi querida mujer y el importe de mis libros.

(...) Perdóneme usted pero soy ya viejo y no puedo soportar estas vilezas. Las aclaro en mi libro "Guerra en España" que daré a fin de este año, con documentos.<sup>10</sup>

Lo cierto es que el empuje de Zenobia y su necesidad de sentirse útil socialmente debían conciliarse constantemente con el repliegue emocional del poeta, desinteresado de otro paisaje y futuro que no fueran los de su tierra de origen. La presencia de Juan Ramón supone una constante represión de la voluntad de Zenobia, incluso en los aspectos más triviales, como negarse a que ella se opere de un lipoma muy molesto en el vientre. "Es demasiado no poder vivir la propia vida", anota exhausta ante las múltiples barreras a su autonomía (27/12/1937). Igualmente molesta después de un incidente, escribe: "Haber nacido con la disposición de J. R. es un terrible impedimento en la vida. Por siempre inadaptado a lo que lo rodea, encuentra solamente alivio parcial en el aislamiento" (I, 60, 29 de junio de 1937).

Zenobia cumple cincuenta años al poco de llegar a La Habana y sigue luchando por conciliar la devoción que siente por Juan Ramón con sus propias exigencias de realización personal, ahora de pronto desprovistas de una base firme. No más compras de labores artesanas que tanto le divierten, ni alquileres de pisos, ni encuentros con amistades de peso. Debe conformarse con una horrible tertulia en el hotel Vedado en que se alojan, que, sin embargo, sirve para entretener al atribulado poeta. Zenobia asiste a las conferencias que se organizan en el Lyceum de la capital cubana, se matricula en unas clases de cocina (a pesar de que no pueda poner en práctica las enseñanzas que recibe), hace de secretaria de Juan Ramón pasando a máquina sus manuscritos, escucha música junto a él, hace economías en los "ten cent" (una de sus debilida-

des), procura ser útil a los ilustres visitantes que llegan a la isla: Ramón Menéndez Pidal, Claudio Sánchez Albornoz, Berta Singerman, José Gaos ..., se relaja contemplando el atardecer habanero y ... escribe cartas. Resulta impresionante el volumen de correspondencia manejado constantemente por Zenobia en el exilio y para mí es un índice de su capacidad para el trabajo.<sup>11</sup> De haber escrito sus memorias, Zenobia hubiera cultivado los tres géneros autobiográficos por excelencia: el diario, la autobiografía y la carta.

El diario de sus dos años de estancia en Cuba parece ser el más irritado respecto a Juan Ramón, el que contiene los comentarios más críticos, sobre todo relacionados con su postración, que apenas le permite enfrentarse anímicamente a la nueva situación. Y me pregunto si no es por esa razón por la que Zenobia decide escribirlo en inglés: dado que Juan Ramón apenas conoce el idioma y dada la estrecha convivencia que les une en La Habana, donde deben compartir dos exiguas piezas de un hotel, ¿acaso no le permite la escritura en otro idioma salvaguardar su privacidad amenazada constantemente por el poeta? No es casual que Zenobia vuelva al castellano cuando su aceptación de la realidad anímica de Juan Ramón es completa, o bien puntualmente cuando la entrada se refiere a Juan Ramón en términos elogiosos. Véase por ejemplo el fragmento final, pensado a modo de resumen, del año 1944, donde se destaca la conciencia, recién adquirida por el poeta al parecer, sobre el dinero y los gastos. Zenobia ha podido hablar cuerdamente con él sobre sus ingresos y sus gastos y compartir sus preocupaciones y escribe, entusiasta, en español. Vuelve al inglés a la entrada siguiente.

Para mí el punto de inflexión del diario, allí donde se quiebra un determinado tono y se da paso a otro distinto puede situarse, ya muy avanzado el segundo volumen, cuando Zenobia empieza a dar clases de español en la Universidad de Maryland, en 1945. En realidad el cambio de tono se produce antes, en 1944: "Bueno, lo hecho hecho está. He emprendido una carrera profesional; cuando fui al grano, no podía encontrarle salida a nuestros aprietos económicos" (II, 244, 25 de agosto de 1944).

Es una decisión importante para una mujer próxima a los sesenta años e instalada permanentemente en la incertidumbre económica. Las clases representan un gran volumen de trabajo y una profesión desconocida para ella hasta entonces. No es lo mismo dar una conferencia sobre los castillos de España que tener la responsabilidad de varios grupos de universitarios todo un curso. Pero esas clases se convierten en un principio vertebrador de la vida de Zenobia, una disciplina que calma su ansiedad y le da una mayor confianza en el fu-

turo: "me encanta mi doble vida: la mitad en la universidad y la otra mitad dedicada a la vida doméstica" anota eufórica el 6 de febrero de 1945, el único año que mantiene una cierta normalidad después del cambio (II, 264). A partir de aquí el diario se contrae debido a sus múltiples obligaciones y la falta de tiempo disponible. Los breves diarios a partir de 1948 (y hasta 1950) los escribe en español: la lengua en la que hasta ahora volcaba sutilmente los intersticios de su infelicidad no tiene sentido: todas las referencias a Juan Ramón son elogiosas. Su agradecimiento al poeta por permitirle su realización personal es enorme. Zenobia, según observa la profesora Palau, escribe a partir de ahora en hojas sueltas, más adelante en agendas y, en general, deja de escribir al hilo de lo que vive: cuando dispone de tiempo recupera el diario y más o menos lo actualiza.

En las páginas finales del volumen segundo hay un interesante ejercicio autobiográfico que daría para un análisis en sí mismo, sobre todo si lo contrastáramos con otros de su estilo. Me refiero al repaso que hace Zenobia de los dormitorios que ha ido habitando con los años y que yo hubiera respetado en su forma original, sin separaciones, dado que es una narración autobiográfica compacta. Se titula "Mi cuarto" y, en efecto, hace de ellos "un deleitable recuerdo": Malgrat, Barcelona, Sarriá, Tarragona, Valencia, Newburgh, Flushing, Amity St., Paseo de la Castellana, Conde de Aranda, Velázquez, Padilla, Cuba, Coral Gables, Washington, Riverdale y Buenos Aires. No puedo detenerme en este interesante reencuentro de Zenobia con algunos elementos de su pasado, al más puro estilo "woolfiano." Es otra muestra del esfuerzo permanente que hace Zenobia por afirmarse en una vida propia, al margen de Juan Ramón. El comentario personal más significativo y crudo es el que hace sobre su padre: "a quien en ningún momento de mi vida recuerdo haber querido". Me gustaría en un futuro seguir trabajando en esta dirección pero me permito aventurar una hipótesis: ¿no está Zenobia, ya adulta, lavando con Juan Ramón la culpa de su falta de sentimiento paterno?<sup>12</sup>

Las anotaciones de esta etapa se muestran de transición, muy anecdóticas aunque sirven para reflejar la satisfacción que siente por llevar una vida mucho más plena, una vida suya. Aquí el presente ocupa todo el espacio. Juan Ramón ayuda a Zenobia en algunas de sus clases y también parece socorrerla en cuanto a información y otros asuntos. Parece que todo va bien pero una anotación última correspondiente a 1953, que incluye en el diario Graciela Palau y fechada ya en Puerto Rico (última residencia del matrimonio), apunta un final trágico en Riverdale debido a la grave crisis depresiva sufrida por el

poeta en 1950 que les obliga a dejar los Estados Unidos e instalarse en un país de habla hispana por recomendación médica. Lo que sigue, la última etapa del matrimonio, y la más dramática, transcurrida en Puerto Rico me hace pensar en aquellos conocidos versos de Jaime Gil de Biedma en "No volveré a ser joven": "Que la vida iba en serio/ uno lo empieza a comprender más tarde./ Como todos los jóvenes, yo vine/ a llevarme la vida por delante". De pronto la vida se le pondrá muy seria a Zenobia.

La primera fecha anotada en Puerto Rico es la del 3 de octubre de 1951. Para entonces están provisionalmente instalados en la casa del médico español José García Madrid, en los terrenos del Hospital Insular de Psiquiatría de Río Piedras. Zenobia está dando cursos de lengua española (desde agosto del mismo año) en la Universidad de Río Piedras, a propuesta de su rector Jaime Benítez, persona muy influyente en los destinos de Zenobia y Juan Ramón en este último tramo de su vida y de mención frecuente en el diario de esos años. La impresión que transmite Zenobia es que a medida que ha transcurrido el tiempo su relación con el poeta se ha fortalecido y su aceptación de la debilitada naturaleza juanramoniana es completa. Permitan que insista en mi hipótesis: la mayor parte de esta última etapa está escrita en español, como si Zenobia quisiera ahora dejar muy claro el testimonio final de su vida junto al poeta.

De 1951 hay unas pocas páginas y se corresponde con los primeros problemas de salud de Zenobia: del 23 de noviembre data la primera anotación de Zenobia sobre su propia salud. Sufre unas hemorragias que conducen al diagnóstico de un cáncer de útero, aunque ella sólo lo considera "un contratiempo atroz" (III, 8). La operan en diciembre: realiza el viaje sola a Boston para su intervención. 1952 es en extensión similar al anterior. Aparentemente restablecida, Zenobia no deja de preocuparse por el carácter provisional de su estancia en Puerto Rico: "¿qué será lo mejor que podamos decidir para el porvenir cuando yo termine mi curso y adquiera mi ciudadanía en mayo? Tal vez lo mejor es vivir en marcha y no pensar en acomodarse en ningún lado esperando la muerte" (III, 19). Pero también el diario va adquiriendo un nuevo carácter más profundo y reflexivo donde la necesidad de hacer balance vital se impone: "Inquietud, descontento de la vida realizada ante el clarín de alarma. Lucha entre querer gozar más egoístamente de tantas cosas amenas sacrificadas al deber o a lo que parece más importante y la llamada más profunda del espíritu por despojarse más aún de lo que no sea esencia pura de ascetismo. Angustia" (III, 22. 28 de mayo de 1952). El deber es Juan Ramón y Zenobia se enfrenta a su propia elección de tantos años. La pareja se traslada a la nueva casa de Hato Rey.

El año 1953 consta de pocas entradas: en la primera correspondiente a 1954 conocemos el motivo: "El año 1953 fue grave para mí" (III, 39), escribe. En efecto, la diarista vive un nuevo recrudecimiento de su enfermedad y combina sus clases con las duras sesiones de radioterapia. Empieza a considerar un regreso provisional a España, temiendo que a ella le ocurra lo peor y Juan Ramón quede desatendido. El médico le recomienda que deje la Universidad y después de algunas vacilaciones, cuidadosamente expuestas en su diario, acepta. Pero la vida en Puerto Rico es muy oscilante: "La soledad de Puerto Rico, no recuerdo haberla pasado en ningún momento de nuestra vida en ninguna parte" (III, 120. 4 de julio de 1955) y Zenobia se enfrenta a serios problemas en su relación con el poeta, cada vez más huraño y agresivo. Junto a esto, la amistad con el músico Pau Casals, la temperatura agradable y el clima de amistad que les rodea hace pensar a la pareja que están en el mejor lugar posible. La posibilidad de crear un espacio dedicado a la obra de Juan Ramón (finalmente será la sala Zenobia-Juan Ramón de la Universidad de Río Piedras) les presta una inmensa ayuda moral, especialmente a Zenobia, quien se mortifica ante la falta de proyectos y la pasividad que muestra Juan Ramón.

Los años 1955 y 1956 son los años más completos, con entradas largas y regulares donde Zenobia se esfuerza por dejar el lúcido testimonio de su etapa final. A medida que avanza 1956 los graves problemas de salud, el dolor que le ocasionan las quemaduras provocadas por la radioterapia, la pobre actuación de su ginecólogo en Puerto Rico y la angustia que genera en la enferma, así como la poco comprensible actitud de Juan Ramón hacia ella (de no tener en cuenta su propia enfermedad mental), que le genera problemas en lugar de tranquilidad, convierten el final de Zenobia en una lucha desmesurada por sobreponerse constantemente a las dificultades de todo tipo. Debe posponer *sine die* su viaje a España "de visita" a pesar de su deseo de dejar al poeta junto a sus familiares cuando ella falte.

Zenobia no pone fin a su diario, simplemente, cuando llega el fin, cede la palabra al silencio. Pero que quede claro que en su lucha por ser ganó ella. "Sueño en construir una sola habitación grande con chimenea y muchas ventanas que sea mía y que me libre de lo demás" (II, 330), confiesa en su texto autobiográfico, con el que se cierra el segundo volumen del *Diario*. Esa habitación luminosa y confortable, imagen de una vida grata, me temo que sólo pudo construirla sobre el papel, y es su diario. Ahora no queda más que darle la importancia que merece.

## Notas

1. Ver la reseña al libro de Blas Matamoro (2006).
2. Ver la entrada del 24 de julio de 1938 (I, 237).
3. Autora de una magnífica semblanza de la autora (Palau de Nemes).
4. Coincidiendo prácticamente con el simposio en homenaje a Zenobia Camprubí se ha publicado la copiosa correspondencia al amigo de la pareja, Juan Guerrero Ruiz (Palau de Nemes y Cortés Ibáñez, eds, 2006). Son 693 cartas que completan y matizan muchos pasajes de sus diarios, y tarea imposible de abordar al revisar estas páginas para su publicación.
5. Un poema suyo de juventud, desgraciadamente sin fechar, constituye un elocuente autorretrato. Dice: "Voy deprisa por el mundo/ llena de risa y de amor/ a todo el que me lo pide/ risas y besos doy.// Pero si alguien me pidiere/ mi alegre corazón/ ríe que ríe, riendo/ vuelvo la espalda y me voy./ Y es que el corazón alegre/ en triste corazón troqué/ cuando con labios y ojos/ a sonreír comencé" (citado en Gullón 113). Si se observan las fotos que se conservan de Zenobia, no importa su edad, en todas aparece sonriendo, en vivo contraste con Juan Ramón. Sin embargo, el sencillo poema expresa la distancia entra la sonrisa externa que mantiene, "de labios y ojos", y su vivencia interior. Su diario pudo muy bien surgir de la necesidad de dar cuenta de todo aquello que resultaba inaprensible para los demás, porque ella misma lo ocultaba.
6. Véase la entrada del 7 de febrero de 1938 (I, 159).
7. Hay muchas referencias al distanciamiento y a la ironía con que se veía a "la americanita" en los círculos españoles. Léase la carta de Juan Ramón Jiménez a Guillermo Díaz-Plaja que se transcribe más adelante.
8. Pedro Salinas/ Jorge Guillén, *Correspondencia (1923-1951)*, ed. de Andrés Soria Olmedo, 1992. Hay abundantes referencias cruzadas sobre Juan Ramón Jiménez y la mutua animosidad con que mantuvieron sus relaciones en el exilio.
9. Esta carta ha sido depositada en la Unidad de Estudios Biográficos por donación del archivo epistolar del académico y amigo de Juan Ramón por parte de su familia.
10. El libro *Guerra en España (1936-1953)* se publicó póstumamente, en 1985, en edición de Ángel Crespo para Seix-Barral.

11. El volumen de su correspondencia con Juan Guerrero Ruiz, ya citado, da idea de su sentido de la responsabilidad, en especial cuando ella apenas puede valerse por sí misma y necesita del concurso de otras personas que la ayuden a cumplir las tareas que considera indispensables .
12. Expuesta ya en las breves entradas seleccionadas por Arturo del Villar. Por ejemplo, en la primera anotación donde se hace referencia a su padre, Raimundo Camprubí, al regreso de su casamiento en Nueva York escribe: "Llegamos a Madrid a las 9 y por equivocación no hay nadie en la estación, cosa que nos alegra extraordinariamente porque tenemos ocasión de lavarnos y arreglarnos en el Hot(el) de Roma, de almorzar y luego ir corriendo a casa ya limpios. Mamá, loca de alegría; papá, igual que siempre" (1 de julio de 1916).

He aquí un apunte del padre de Zenobia escrito por Juan Ramón Jiménez (en carta fechada en Madrid, finales de noviembre de 1913): "El padre es un hombre muy callado y serio, que casi nunca está en casa. Pero también muy amable las veces que lo veo. Él no se mezcla en los asuntos de la hija. Ella tiene en todo perfecta libertad" (Alegre 415).

## Obras citadas

- Alegre Heitzmann, Alfonso, ed. *Juan Ramón Jiménez. Epistolario I (1898-1916)*. Madrid: Residencia de Estudiantes, 2006.
- Blanchot, Maurice. *Le livre à venir*. Paris: Gallimard, 1959.
- Camprubí, Zenobia. *Diario 1. Cuba, 1937-1939*. Madrid: Alianza, 1991.
- Camprubí, Zenobia. *Diario, 2. Estados Unidos, 1939-1950*. Madrid: Alianza, 1991.
- Camprubí, Zenobia. *Diario 3. Puerto Rico (1951-1956)*. Madrid: Alianza, 2006.
- Castilla del Pino, Carlos. *Arquitectura de la vida humana*. Madrid: Real Academia Española/Espeasa Calpe, 2006.
- Cortés Ibáñez, E., ed. *Mujer y escritura autobiográfica: Zenobia Camprubí*. Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 2008.



- Crespo, Ángel, ed. *Guerra en España (1936-1953)*. Barcelona: Seix-Barral, 1985.
- Del Villar, Arturo, ed. "Diario de Zenobia Camprubí recién casada". *Nueva Estafeta* 1 (diciembre 1978): 45-53.
- Dusini, Arno. *Tagebuch. Möglichkeiten einer Gattung*. München: Wilhelm Fink Verlag, 2005.
- Esteve, Anna. *El dietarisme català entre dos segles (1970-2000)*. Alacant y Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat & Institut d'Estudis Catalans, 2010.
- Guerrero Ruiz, Juan, ed. *Zenobia Camprubí. Epistolario I. Cartas a Juan Guerrero Ruiz (1917-1956)*. Eds. Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés Ibáñez. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006.
- Gullón, Ricardo, ed. *Juan Ramón Jiménez, Zenobia Camprubí. Poemas y cartas de amor*. Santander: Publicaciones La Isla de los Ratones, 1986.
- Lejeune, Philippe y Catherine Bogaert. *Un journal à soi: histoire d'une pratique*. París: Textuel, 2003.
- Lejeune, Philippe y Catherine Bogaert. *Le journal intime: histoire et anthologie*. Textuel, 2006.
- Matamoro, Blas. "Los enigmas del diario". *Memoria. Revista de Estudios Biográficos* 3 (2006): 180-183.
- Palau de Nemes, Graciela, ed. "Zenobia vista desde la proximidad". *Mujer y escritura autobiográfica: Zenobia Camprubí*. Ed. Emilia Cortés Ibáñez. Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 2008. 17-39.
- Soria Olmedo, Andrés, ed. *Pedro Salinas/Jorge Guillén. Correspondencia (1923-1951)*. Barcelona: Tusquets, 1992.